Arquitrave



Eduardo Gómez • Anderson Braga Horta • Xosé Lois García
Carlos Jiménez • Jorge García Usta • María da Conceiçâo
Costa de Deus Lima • Edith Goel • Galia Ospina

La poesía dialéctica de Eduardo Gómez

Jorge Ernesto Leyva

Todo escritor, debe partir de una concepción del mundo, que esté basada en una filosofía. Me atrevería a decir que un trabajador de la cultura sin formación ideológica, es un ser que no comprende su pasado histórico, y que no verá el reflejo luminoso o claroscuro del futuro. Eduardo Gómez está imbuido en la dialéctica. En su poesía, vista como un todo unitario, se refleja un prisma de colores diversos, enriquecido por una concepción contundente del mundo, que hace de su poesía una muestra clara de su capacidad conceptual:



«todos devenimos hacia un Agujero Negro/Primero como pequeña historia irrepetible/ y que para siempre/pasa dejando apenas huella/y luego fundidos con la inmensidad anónima/ como circulación secreta por el infinito».

Existe uniformidad de criterio y secuencia lógica en su obra, producto de la erudición del poeta quien asimiló la literatura alemana, así como la francesa, con tanta emoción que estas, lo han subyugado hasta la saciedad.

«Pronto los sueños de la noche huirán a sus cavernas/

con sus increíbles aventuras de pálido diseño». Poesía que emerge del fondo de los «sueños» del hombre. Hay una angustia vital por la actuación contemporánea del ser, una visión que solemniza la capacidad del mismo para construir la búsqueda en otros estadios donde se pueda encontrar o recrear la felicidad.

«Quizás impregnaremos un rayo de sol/ y flotaremos sollozando con el viento y la lluvia/ alguna vez fue nube la materia/ que luego de milenios devino en nuestro cuerpo». Su poesía tiene forma material, es palpable, riñe con el facilismo tan en boga entre poetastros de otrora y de hoy. Gómez nos mete de lleno en su poesía para sacar la conclusión que nos define palpablemente su intención, la cual, no es divertir, es hacer pensar, penetrar. He ahí la misión del poeta que registra su intensidad de una manera metafórica, pero entendible a todas luces, dentro del marco de las situaciones preceptivas.

Eduardo Gómez nació en un pequeño pueblo boyacense, a la orilla de un pie de monte, que insinúa el paso hacia la llanura. Pueblo de aire caliente, refrescado por las brisas montañeras de onda raíz bucólica, pródiga en vegetación. De adolescente se inició en lecturas serias de poetas y escritores que le insinuaban sus mayores: Tolstoi, Ruben Darío, Neruda, mas tarde Marx, Nietzche, Sartre, Goethe y Thomas Mann. También los simbolistas a partir de Baudelaire. Como admirador de Brecht, se inició en la crítica teatral, después de estudiar seis años literatura y dramaturgia en Alemania. Ha sido durante mucho tiempo profesor de literatura, director de revistas, y poeta, esencialmente poeta.

Eduardo Gómez

El laberinto está en nosotros

Todo lo padecido y conquistado
escrito con sangre y hablado
-conocido o secreto-
se tornará historia.
La más humilde canción intensificará la música
y la más decisiva palabra
no valdrá sin el contexto de millones.
El automóvil que viaja raudo
se alejará, incluyéndose, en el paisaje que atraviesa.
El fracaso de un amigo nos debilita ante el mundo
y el hambre de los otros consume la energía
que haría poderoso al amor
y más humano el esplendor de las ciudades.
Estaremos presentes pero invisibles
en las calles y en los estadios del futuro
en las cocinas y en las alcobas nupciales
tanteando y jugando con algún niño triste
o preparando desafíos y apostando utopías
en ruidosas asambleas y apasionadas tertulias
y nuestra ausencia en el momento de las decisiones
será tenida en cuenta para los juicios que nos sobrevivan
o para el silencio que nos cubra
con su misteriosa profundidad.
Quizás impregnaremos un rayo de sol
y flotaremos sollozando con el viento y la lluvia.
Alguna vez fue nube la materia
que luego de milenios devino en nuestro cuerpo
alguna vez nuestros despojos serán vapor y sueño

alimento de raíces, murmullo de follajes.
Las voces interiores más hondas
provienen del Todo y de todos
integran el tiempo y su música infinita,
pues lo «personal» ignora aquello que lo inspira
desde el instante anterior y desde siempre
(la entrada hacia atrás del Laberinto)
a través de tortuosas sendas
por parajes sólo vistos en el sueño
o intuidos en la vertiginosa quietud
desde cielos inconmensurables hasta pequeñas piedras
desde el trueno de la ciudad que contemplamos desde arriba
hasta el pregón conmovedor del vendedor de fruta.
La soledad es espejismo si sabes bucear dentro de ti
y te fundes amoroso con el paisaje que te incluye.
Aún lo más extraño te hace señales secretas
que es necesario descifrar y comprender
y con frecuencia serán tus enemigos
quienes más te enseñan y valoran sin querer.
Microcosmos perdidos en el Cosmos
nuestro humilde transcurrir
(que encierra galaxias)
se comprime y expande en la fosa-cuna
para irradiar de nuevo luminosa energía
y alcanzar otra vez el antiguo comienzo
en la disonante y colosal sinfonía, siempre inconclusa
siempre inaudible aunque presentida y envolvente
mediante la dulzura cotidiana
y el angustiado esplendor de cielos estrellados.

Proximidad de la noche

Lluvia y sol caen sobre mis años
Y una estela queda -cada vez más lejos-
Que hace lentos mis pasos y madura mi corazón
Iluminando el presente con intensidad mayor.

Adivino mi edad en la anchura de un árbol
Y los siglos perdidos en las multitudes que oran,
Y siento mi angustia como fuerza vital
Cuando camino entre los vivos que no sospechan su muerte.

Un solo rayo de luna estremece mis mares
Amo las mujeres feas que se olvidan del cuerpo
Encuentro el tedio en los espejos de las bellas
Y mi soledad grita en la paz de los mansos.

Músicas me asedian en la noche
Lluvia y sol invaden mis sueños
Pájaros agonizan cielos blancos
Sobre mi cuerpo precipito el vuelo.

Inventarios de la noche

La medianoche diluye la ciudad en el silencio
el insomne arde despacio luchando con fantasmas
su maraña de sueños su latido asordado
sus alucinados bosques por donde su llamado
una bocina ronca que vibra suavemente
con persistencia secreta de alfiler punzante
el viento bailarín se abalanza por las avenidas
¿qué hago aquí quién desde siempre soy?
¿a dónde encaminarse si no hay amor a la espera?
el cielo océano invertido sin riberas
noche abriendo sin llaves los sótanos del alma
inundando de fuegos secretos y sollozos atroces
de gemidos de gozo y de paciente agonía
hasta donde los más ágiles danzantes han saltado
cruzando el espacio de señales herméticas
muchachas poseídas destrenzan el delirio
cataratas subterráneas de consumida sangre
¿cómo multiplicarse para fundirse con todos?
y esas dulces vírgenes que se ofrendan sin lágrimas
adolescentes que imaginan la redención en el beso
recomienzo de las mismas búsquedas como si fueran las primeras
se inicia el duelo callado de los tristes solitarios
inaccesibles multitudes fuerzan las puertas cerradas
el implacable río de autos inunda fulgurante
metálicas estructuras violan alturas sagradas
las catedrales refugian coros de sin-patria que cantan
la sombría sinfonía escala espacios vacíos

celebrando la energía que se despliega misteriosa
el milagro es estar vivo navegando entre las cosas
me acojo a ti amiga taciturna caminando entre rosas
esquivando los lugares donde hay lepra y ataúdes
buscando el sol y la luna detrás de negras montañas
dialogando a la orilla de la eternidad de abismos
nos recreamos a dúo contrapunto apasionado
la disonancia la réplica el pavor a la nada
nos desnudamos de todo para fundar nuevas ciudades
saltando sobre rascacielos corriendo por sonoras playas
oh dominar las distancias para dilatar el abrazo
hasta los confines de lo humano y lo potencial que lo espera
el novelista avizora desde su cámara telescópica
inventariando la noche su selva estremecida
hasta la madrugada de portales inmensos
en los parques se escuchan como presagios de batalla
el naciente mugido de la ciudad que despierta
constelado de pájaros y lejano estruendo de aviones.

Conspirador nocturno

A pesar de las destrucciones y de enmarañados días
él ama sus derrotas y su condena eterna
el recorrido manso consumido por internos fuegos
el odio contenido por el traje ajustado
sus ácidos preparados y sus sórdidos planetas.
Su resignación solapada cuece venenos lentos
prepara lanzas y arcos, avizorando ríos.
Así camina ciudades que se abren en piedra herida
y cemento ensangrentado rumoroso de palomas.
Marca su territorio con sudor y rabioso semen
hay un navío negro que zarpó desolado
hay un barrio enterrado donde danzan sus fantasmas
y un estadio abandonado añorando multitudes.
Denso de contenciones y criminosos sueños
disimula con flores secas sus habitaciones sombrías
se regodea en el silencio de ruinas palaciegas
y espía el advenimiento de la alborada de sangre.

Anderson Braga Horta

Órfica

I
¿Qué ser es ese que aun al cielo espanta?

A su cuerpo cuarteado
lo llevan los ríos, lo beben los mares,
lo sube el viento al aire.
Se hacie tierra en la tierra.
Se vuelve nada en todos los cuadrantes.

Mas la cabeza canta.

II
¿Qué cuerpo es ese
arcaico
animado de un fuego
entre sagrado y laico?
Cuerpo que se destroza,
fuego que se levanta.

III
El cuerpo se deshace en limo, en lama.
Las piernas, extintas, yerran por savia.
Las manos, arrancadas, críspanse por frutos.

Mas la cabeza
¡canta!

Contrapunto

– ¡Como afuera en los cielos, dentro de nuestras mentes
hay momentos de vagos soles delicuescentes,
de etéreos candelabros en puro azul sin rastros!
– Venimos de la savia de lumbre de los astros.

– De la noche la negra cabeza cae de lo alto...
Somos también lastrados de caída y sobresalto...
– El pulso que en la esfera más pequeña palpita
es el mismo que anima la galaxia infinita.

– ¡Oh, yo siento en mi pecho que una ansia azul me invade
de ser apenas luz, arriba, inmensidade!
¡Siento que tengo en mí un yo que me transciende!

¡Sube el mar interior, y en el caos que asciende
algo viene formándose como espumas y cánticos!
– Dentro del corazón somos todos románticos.

La tortuga

Vengo de donde viene el sinfín de la Vida,
del crespo, ardiente océano en toda parte ondeando,
explosión inefable
de aquello que llamáis abismo, y es todo, y es nada,
en el intemporal pulsar de cuanto existe
y de cuanto es oculto.
Vivo porque el Misterio impone que yo viva,
y en la ola de la Vida
–sueño que voy soñando y que me sueña–
al Arcano la mano y al Sigilo los labios
les beso, y en la mirada reflejo ese memento
de la mirada de lol que es, no siendo.

Los ojos tengo abiertos
a la impresión del nimbo y del relámpago,
del agua turbia y de los aires claros,
del cielo-mar que se abre y se desdobla
al hambre de mi nada, mi nadar.
Pero no ven el tiempo allá de ahora,
el segundo futuro,
próximo como el ido hace un instante,
y con todo remoto
cual la encubierta eternidad.

Vi el hombre aún a gatas,
en la animal semilla aún indiferenciado.
Oí sus balbuceos.
Hice mía la mano que creó el arado,

que destelló en la piedra un firmamento
fugaz de estrellas cálidas.
Tomé su mano trémula
haciéndose divina
en el trazo primero
del primer alfabeto,
la prima partitura
del venidero vértigo
de hallarse uno mayor que el hondo origen.

De los trazos rupestres de las cuevas
subí al zigurat de los sumerios.
Grabé sueños abuelos en ladrillos.
Andéme en Chinas e Indias
de Oriente y de Occidente.
Topé de Egipto el sacro escarabajo.
De todo en toda parte una imnagen quedóme
grabada en la retina que no veis.

Sé de amor y sé de odio,
sé del himno y del vómito,
de la paz y la guerra,
del mar y de la tierra,
sí del cielo y del éter,
de la carne y del alma.

Tengo mucho vivido,
tanto amado y sufrido,
pecado y ascendido. Respectadme,
por vosotros, grumetes

que el mar aún amamanta,
por la Vida que en mí se hizo tiempo y camina
queriendo hacerse eternidad.

¿Qué otros colores beberé? ¿Qué músicas
fluirán en mi dorso? ¿Qué suaves,
qué pétreos tactos guardará el olfato,
el paladar, la piel y la retina?

Yo prosigo. ¡Adelante!
¿Hacia donde, por fin?
¿Qué universo, qué abismo
espérame en la curva allá del infinito?

Voy hacia donde iréis:
allá, hacia el Enigma.
Voy hacia donde va el sinfín de la Vida.

Las *saudades* de Xosé Lois García

Andityas Soares de Moura



La poesía gallega y la brasileña tienen una semejanza importante: ambas son jóvenes, si las comparamos con otras tradiciones.

La poesía brasileña sólo comienza verdaderamente a nacer, así como la gallega, gracias al influjo del romanticismo, que en Galicia fue algo tardío. Galicia, debido a circunstancias muy diferentes, solamente vio florecer su poesía con el Rexurdimento. De esta manera, la poesía específicamente gallega se inicia con Rosalía, Curros y Pondal, los tres, además, importantísimos en la poética de Xosé Lois García.

Igual que la brasileña, la poesía gallega es, en su origen, poesía de colonizados. Pero la semejanza entre la poesía brasileña y la gallega para ahí. Las experiencias artístico-literarias por las cuales los países europeos pasaron a lo largo de siglos fueron todas reproducidas en Galicia, que por entonces se vivenciaba el placer de crear por la fuerza del verso. Y para volver al escenario

a un más excitante, expresiones típicamente gallegas surgirán y se sumarán a las vanguardias y a los anacronismos, ambos activos (y productivos) al mismo tiempo, por veces en un mismo poeta o hasta en un mismo poema. Poesía social, neotrovadorismo, poesía erótica-amorosa, surrealismo, poesía rural, poesía urbana, etc

Es en esta maraña de voces, cánticos, gritos y susurros se localiza la poesía de Xosé Lois García, cuya propuesta inicial está marcada por una nítida inclinación social, a la manera de lo que por entonces se tenía como lo mas característico de la poesía gallega. Pero no podemos olvidar que en 1972 García escribió una de sus obras más felices, «Cancioneiro de Pero Bernal», publicada apenas en 1988 debido a problemas con la censura franquista. En ese libro es extraordinario como García comprende a fondo la lección de los trovadores y juglares galaico-portugueses, que a partir de entonces, con mayor o menos destaque, estarán siempre presentes en sus composiciones.

La tierra, el amor, la muerte y la lengua, materias comunes de la poesía gallega, también son compendiadas de forma específica y variada por García a lo largo de tres décadas de trabajo poético. Pero no exageremos. El autor no se olvida del contenido en ningún momento y tampoco deja de preocuparse con el contenido gráfico y formal del poema, sin que su capacidad de emocionar y de impactar fueran reducidas. En su obra hay, por lo tanto, una productiva tensión entre la letra y el aire. El poeta reivindica una plena libertad para sus composiciones. La poesía de García se modula así en el encuentro entre la forma y el contenido, con lo que el poeta se siente libre para inventar: palabra-libertad.

En el universo poético de García se localizan dos preocupaciones universales que asedian a todos los hombres: el amor y la muerte, que en el fondo son una única cuestión que nosotros no podemos descubrir. ¿Cómo no pensar cada día en la finitud, observando el paso del tiempo, el resurgir de nuevos

hábitos y la desaparición de aquello que se amó? Todo hombre piensa en la muerte, aún que eso no le ayude a morir bien, como prueba la desunión entre la obra y la vida de un poeta de primera magnitud como Rainer Maria Rilke. ¿Y el amor? Es una realidad incorpórea, sol frío que brilla en nuestras palpitaciones y que rige todo el universo, conforme a la lección final de Dante. No solamente el amor sensual y sexual, sino el sentimiento de pertenencia y familiaridad que guardamos en relación a los hombres y a las cosas, pues también es posible amar una cosa: un río, un paisaje, un recuerdo… El amor es ese misterio que nos hace existir.

Aún que en el común de los días las enormes tareas cotidianas, los trabajos repetitivos y el monótono engranaje de las horas insistan en transformarnos en autómatas, aún así guardamos la exacta medida de lo que somos y podemos ser en una llaga secreta llamada poesía. Es en ella que reencontramos la muerte y el amor. Thanatos y Eros. La misión de la poesía – si es que tiene alguna – es mantener nuestra humanidad, lo que significa conservar la individualidad de cada hombre sin que pierda su carácter como parte de un colectivo que debe ser plural. Y ese encuentro entre amor y muerte es la divisa principal de la poesía de Xosé Lois García, ya lo dijimos.

Al vivenciar el amor y la muerte en sus poemas, inicialmente los trataba como entidades separadas, pero a lo largo de su discurso poético comprende que no son cosas diversas: son caras de la misma moneda, esa moneda a la cual nosotros – lusófonos y gallegos – damos un nombre que puede parecer intraducible para las otras lenguas: saudade, especie de amor universal y abstracto por las cosas que pasaron, que pasan y pasarán. Tener saudade es reconciliar la máxima vida – el amor – con la negación de esa misma vida – la muerte – teniendo como resultado un sentimiento crepuscular de dulce ausencia.

Un poema es como un árbol: tiene que fructificar, si no sólo

da sombra. En este mundo de hoy necesitamos de luz y fruta dulce, no de sombra, pues los oscuros imperios ya la tienen generado exageradamente. La lectura de la obra de un autor como el gallego Xosé Lois García es una oportunidad para, más que celebrar las innumerables semejanzas entre culturas diversas, subrayar y cantar las diferencias. En estos tiempos sombríos en los cuales toda diferencia es tachada como peligrosa y, por lo tanto, merece ser destruida, la afirmación de que en nuestra igualdad reside nuestra irreductible diferencia es un acto de coraje. Hacerse humano es ser igual, pero también diferente. Nadie muere dos veces, cada cual tiene su propia muerte, libertadora o terrible. Nadie ama dos veces, el amor es siempre un sol que se expande, pero es siempre el mismo sol. Tenemos nuestros amores, nuestras muertes, nuestras diferencias. Pero es en la saudade universal de un futuro que no llega que aprendemos a ser hermanos, que aprendemos a ser iguales en nuestras particularidades.

Xosé Lois García

Siembre hablaré de la isla de los amores

Siempre hablaré de la isla de los amores
y, también, de Airam;
de su tierna melancolía,
nacida entre estelas y clorofila,
para ser en mis vísceras ámbar.

Solamente evocaré a Airam
cuando esté en sus dominios
que ella tiene en el mar.

Ahora, ciertamente, se que Airam
es la nueva diosa de la conquista
de este laberinto majestuoso
hecho de ola y roca
donde cabalgan, libres,
grisáceas nieblas
sobre potros de espuma.

Hablaré de un navío de cal,
donde giran mis miradas
como simples aves acrobáticas
que buscan otro áureo atardecer.

Le anunciaré caminos y encrucijadas
de este antiguo reino que es de Airam.

Yo observaba como dormías en tu lecho

Te imaginaba morando en el centro de la tierra
incendiando el habitáculo con tus palabras.

En esa mortaja, madre, no te observé muerta.

No consiento que la muerte separe de ti
esta tierra interior
desde siempre fresca y de profunda sabiduría
para sustentarme con el delirio de tu vida.

Yo miré como dormías en tu lecho, madre:
alegre, fulgorosa y con vestidos de viajera;
con rostro inocente de niña adulta.

No estabas muerta, solamente soñabas
con otro perfume para mi corazón…

Tus manos reposaban en secreto
y pensé que había roto otro vidrio,
que tenía trillado los pantalones de pana,
que tenía perseguido y maltratado a la Turca.

Pensé huir, llorar y pedir consuelo
pero tus manos, madre,
eran parte de mí tiempo irreflexivo.

Yo nunca sintiera garzas resplandecientes
murmullar en tus labios,

con todo el fulgor que promete la vida.

Luché contra el llanto que me envolvía
y pensé en tus palabras, madre:
«esta es la Tierra que no amortaja a la vida».

La muerte siempre fue comprendida en esta Matria
y empecé a compartir tu secreto;
a reírme de los lamentos de las plañideras,
y a no acreditar que estuvieses difunta.

En aquella noche de Marzo, los dos solos:
yo hablaba y tu me escuchabas muda
y pronto me sentí adulto
que ya tenía tu permiso para andar de noche,
contar las estrellas
y escuchar el piar fúnebre de los mochuelos.

Pensé que en todo tu silencio
necesitabas cambiar de morada;
tener un aposento en tierra trabajada,
conocer la fertilidad de las cenizas
confraternizar con áureas vidas silenciosas
para decirles a los dioses etéreos:
vengo a mostraros la canción de amor
que adormecía a mi niño.

Aún estoy escuchando, madre, tu voz zalamera:
«Duerme mi condenación; sueña con los jilgueros».

Cuando regrese al suburbio

Cuando regrese al suburbio
te hablaré de la isla de Sicilia
y del cuerpo de Giovanna;
de la sombra de los olivares
y de la danza de los delfines.
De las costumbres y placeres
de Giovanna te hablaré.
Sílaba a sílaba, describiré
las dobleces de sus dedos,
el secreto de sus labios
y el volumen de sus piernas.

Carlos Jiménez

Orfeo

En la luz frágil del crepúsculo
mueren las palmeras
de salitre y olvido.
Hay un batir de olas y tambores
en un acantilado que sin pena las acalla.
Las dulces voces de ayer
hoy suenan amargas.
Los dioses rotos
se deshacen en acanto
en susurros
en arena.
Inocencia y fervor
cabalgan sin ruido
en los sueños.

Ninguna espera alivia.
Nada muere y a la vez nace.

Sonetos de Orfeo
palinodia de Orfeo
búsqueda inútil
de Orfeo.

En su vía crucis sin fin
roquedales y espejismos.
Erecciones inútiles
ahogo y fervor
pánico y estremecimiento.
Láminas de titanio y luces fluorescentes.

Queda la fortuna y el único consuelo
que ofrece:

la tonta sonrisa de la primera mujer
que pasa.

Jorge García Usta

Balada de Teresa Dáger

No hubo mujer bajo estos soles
como Teresa Dáger:
mitad cedro, mitad canoa.

Era bella, inclusive, al despertarse
y después de comer ese pobre trigo
nativo.

En las esquinas, a su paso,
hombres sudorosos
interrumpían las liturgias del comercio
y maldecían la muerte.

Era una forma ansiosa.
Procedía de una furia vegetal.

No la salvó tampoco su belleza.
Ahora, a los 80 años,
a diferencia de otras que fueron feas y
felices,
Teresa Dáger sueña sola en el piso quince,
rodeada de zafiros derrotados.

Y solo piensa en ese arriero de Aleppo
que el 7 de Agosto de 1925
la miró con ganas y en silencio
tres segundos antes que su padre
la enviara al destierro de la trastienda

Arenga de las mujeres necesarias

Ah, necesarias para vivir y morir, con sus aguas rezadas.
Antes de llegar, ellas mojaban de cantos todos los asaltos,
los días con sus cejas veloces,
el mayor misterio con su gestión de penumbra.

Anchas, siempre.
Como de plaza o establo, como de río.
Muchos deseos de noche a su tercer labio,
besos mundiales a sus modos montunos.

Vastas, siempre.
Deidades de teta agreste y alma compañera.
Con las espaldas caídas
como tronos milenarios.
Violentas para morir, en la cruz de los mercados.
Y la salud de sus proverbios:
bestias lentas exigiendo carne y viento.

Buenas, siempre.
Locas libres para hacer de los respiros
otra conversación intensa,
para portar el río en la mirada,
ordenar los gastos de cielo,
para fundar en el hombre último
el primer niño.

Necesarias.

(a Carmelita Millán)

Postdata para Fellini

No me digas que ahora no hay quien sople
las canciones romanas en el descanso
mientras el actor te mira como a un almanaque cesáreo
y la actriz sueña con darte sus pezones alcanforados
y la película corre como un venado
por entre tus propios callejones de vidrio
y la asamblea de periodistas alcanza
a saber que eres un hombre con éxito y diarreas
y tú haces crecer el mundo
poniendo en una servilleta
esos encuadres descomunales
que parecen simples delirios de El Bosco
gritos crepusculares de Dylan
productos de la siesta sin guardianes
o del prolongado bostezo frente a la plaza
que nadie entiende mientras en otra parte
la luz está encendida
afuera los perros aúllan como lobos huérfanos
las motocicletas pasan creyéndose proclamas modernas
entonces la tía de grandes tetas se desnuda frente al espejo
y de los castigados sostenes
salen las tierras y las enfermedades y las guerras
y por el ojo de la cerradura
el niño mira cómo nace el mundo
adivina el pasado
y sesenta años después muere
con el único ojo que le sirve al siglo
pegado

Del silencio

Cuando ella puso la mano de él
en su sexo intacto
y él usó su mano como quien roza
un fuego nunca prometido

Cuando ella lamió su ombligo
con aquella sed súbita y antigua
y él vio brillar sus nalgas
como una zanja de pedernal en la noche de la selva

ambos supieron que sus abuelos tenían razón.

La mayor pobreza está en las palabras

Tu voz

Tu voz que divide la lástima del aire,
chorro de veras en el surtidor de la locura,
ánima de discordias,

fruta obscena en la pila de las puras.

Tu voz, morral para el desterrado.

Tu voz, que forma corazas de inútil oro
en el muro de la cocina, tu voz que agita
el pesar de la yuca, tu voz que anima
el lodazal y enciende las salas de recibo
donde el gerente ignora al monstruo que lo custodia.

Tu voz que baila
en la punta de los desaires,
címbalo diagonal de nueve condenados,

penacho de maíz flotando
en la plaza moribunda,

principio gemelo de mi mejor porción de almas.

Tu voz
que sabe
irse.

María da Conceição

La casa

Aquí proyecté mi casa:
alta, perpetua, de piedra y claridad.
El basalto negro, poroso
vendría de la Mezquita.
De Riboque el barro rojizo
del color de la malva para el tejado.
Enorme era la ventana y de vidrio
pues la sala exigía un cierto aire de plaza.
El solar era plano, redondo
sin trancas en los senderos.
Sobre los escombros de la ciudad muerta
proyecté mi casa
recortada contra el mar.
Aquí.
Sueño aún el pilar,
una rectitud de torre, de altar.
Oigo murmullos de barcos
en la terraza azul.
Y reinvento en cada rostro
paso a paso
los trazos inacabados del proyecto.

Los héroes

En la raíz de la plaza
bajo el mástil
huesos visibles, severos, palpitan.
Pájaros asustados derriban cornetas.
Retroceden en silencio las estatuas
hacia lejanos paisajes.
Los muertos que murieron sin preguntas
regresan lentos con los ojos abiertos
indagando por sus alas crucificadas.

Antiepopeya

Aquel que en la rotación de los astros
y en el oráculo de los sabios
buscó de su ley y mandamiento
la razón, la anuencia, el fundamento.

Aquel que de los vivos la lanza y el destino retenía.
Aquel cuyo trono de los muertos provenía.

Aquel a quien la voz de la tribu ungió.
Llamó rey, de poderes invistió.
Traicionó.
Por paños, por espejos, por chucherías
por ganancia, avidez, pedrerías
las puertas de la corte abrió
y de pueblo su reino agotó.

Raúl Kwata

Los alegres pantalones, de payaso, no eran suyos.
No era suya la camisa.
El castaño y el negro
en los pies izquierdo y derecho
eran de otro.
Largo, de buen cuero
el cinturón no concordaba, lucía.
La propia flacura, de huesos menudos
no le pertenecía, flotaba.
Tosía mucho, tropezaba.
Arrastraba con él dos ojos
astutos, burlones, de pícaro.
Y era dueño de una risita irónica,
su escudo.
En los pasos cargaba un arsenal
de Historias vivas, antiguas
y tenía el poder de lanzar carcajadas.
Sabía los nombres de todos los parajes,
en ninguno quedaba su aldea.
Murió paria en la excolonia.
Está enterrado en la isla.
No reparó en la nueva bandera.

La leyenda de la bruja

La señora Malanzo era vieja, muy vieja.
La señora Malanzo era pobre, muy pobre.
No tenía hijos, no tenía nietos
no tenía sobrinos, no tenía ahijados
ni primos tenía, ni entenados.
Era muy pobre y muy vieja
muy vieja y muy pobre era
era vieja, era pobre la señora Malanzo.
Pobre y muy vieja
vieja y muy pobre
era vieja y pobre
era pobre y vieja
vieja pobre
pobre vieja
vieja
pobre
hechicera.

Edith Goel

Amor a la ciudad vieja

Nunca quise vivir
en un lugar de piedras muertas

pisé el aire bíblico crucé la frontera y me interné
en los mil y un días del desierto.

las aguas jamás se separaron bajo mis plantas y la antártida se
convirtió en un viejo almacén de mentiras frías el Titanic
recuperó su mirada atónita la punta del iceberg surgió de un
mar salado y muerto las siete plagas las siete vacas flacas los
huesos trizados de una hamaca cruzaron sin volver sin
preguntar los nombres la hora ni el color de los ojos que aún
me quedan

las callejuelas mudan el encanto en un espanto en una turbia
producción de terror televisada entrevistada prime time de las
culpas apoltronadas en un cómodo sillón de escandinavia o
boston o amsterdam

el miedo que sentimos en la boca antes de empezar el día
afuera es un bello item muy feng shui en el paisaje de CNN o
BBC o NBC o esas siglas que nunca desnudan los pequeños
nombres del dolor de cuerpo y alma

llegué a mi isla de especias hubo explosiones
Las piedras vivas rompieron el hechizo
Mor vekinamón

Pisamos la Tierra de Nadie
Las piedras rodaron
Se cerraron los portales de mis ciudades encantadas

Las piedras taparon los labios de nuez
Mis senos se poblaron de buitres y un pulular de ghettos
estalló en mis huecos

Bajé a la costa

La espuma del Mediterráneo bendijo mis sentidos

No somos los favoritos de Dios los mártires las víctimas
diablos ni ángeles somos de piel y semillas fundemos en los
sueños el color irrevocable y venoso de este gran dolor sin
patria ya no soy espuma nostágica soy mar soy mar soy mar la
intifada corre en mí como el pedregullo dormido en el seno de
un río unívoco alguien se balancea roza mi seno mis vísceras
un curandero filipino extrae la sangre de la tierra y la mezcla
con la entraña mi vientre se unta de un río que no cesa En esta
oscuridad la vida nos repite no escuchamos no tocamos no
vemos dónde esta la compasión

Jerusalén
de espaldas al desierto

Dónde está la ruta
Tajana Mercazit
Quiero ser por fin
un labio sin orquesta.

Bañar los panoramas con el ardor de un himno
que todos saben pero callan.

Un homenaje a esta encrucijada La estación de los transportes
y las mudanzas las lejanías los huesos se transladan vagan
por mapas y estaciones sin luz hacia dónde cuándo la canción
grasosa plagiada pirata resonará en los oídos en los cuerpos
quién se ofrecerá esta tarde desde el oro de ukrania agitada
desde el muro de la supervivencia ella sabía no sabía quería no
eligió este burdel eligió este burdel decenas de cuerpos desfilan
y ruegan y ellas transladan sus vísceras hacia cercanías
terminales con cargamentos de billetes intocables resbaladizos
tardes pringosas de tajaná mercazit * siempre en las vísperas
de una sensualidad la carne ajena siempre ajena tan ajena tan
ajena siempre algo se roba a los cuerpos el cuerpo se envuelve
en un sudor que no acompaña ninguna mejoría no hay
curación en el andén llegará otro cuerpo otro cuerpo otro
andén otra cortina roja otra puerta vaivén otro tren de
lejanías

Quiero apoltronarme en la ciénaga de un hogar
y recuperar el grito de un pasajero que metió su mano
en el bolsillo buscando la moneda
y ahora...

Vagan por el espacio sin frontera por fin su mano su alma
Una médula transporta el líquido como el presente de una
víbora tenaz que desciende incólumepor una escala
Hécate protege mi epidermis
mis coros mis enmiendas.

Quién defiende mis tejidos blandos de los golpes de las
explosiones del alma de la lluvia sobre mi torso demasiado
expuesto a los lobos a los hombres
a las mujeres de lluvia ácida

Si un rayo cayese en la mitad de este mensaje
mi mar olvidaría su destinatario aún feliz

Al borde del vacío las teclas vuelven
Los ángeles descascarados protegen los peldaños
Pero el pie se arrepiente de los cielos
Y yo al caer arriesgo
la más profunda de mis lenguas
Imagino una burka
negándome el fulgor en las rodillas

Me imagino devorando todas las hostias repitiendo hasta el
cansancio el antiguo testamento un versículo una letra
que no siento en el cuerpo ni en las colinas de mi casa

Imagino un mar de trigo
Espero inútilmente
una nieve
una fe indestructible
Al darme cuenta del hueco
que ocupan esas cosas
pronuncio todo
como una descarga de fusil
sin blanco

Galia Ospina

Naufragio de la mariposa

Es el silencio
de los que ignoran su cuerpo.

Los Brazos
se agitan en un círculo de gaviotas negras.

Los Ojos
Barcos Suicidas
saliendo de lo oscuro
para entrar en lo oscuro.

Las Piernas
Tranvías Amarillos
vientos de temporalidad desierta.

Me pregunto
cómo amar
Sin brazos
Sin ojos
Sin piernas

La Palabra
es una mariposa
que se ha vuelto roja
de tanto naufragar en su sangre.

Luna caliente

Trazaste un laberinto
con pájaros de sangre
y tormentas de arena.

Cuando creí que habías partido
surgió como una maldición
Todo el Amor
sembrando en mi piel el verano
con la velocidad de la serpiente.

Después de su partida

Después de su partida
los pájaros se incendiaron.

Tan grande fue la ilusión
que a su muerte le han crecido alas.

Después de su partida
no supe dónde colocar los recuerdos.
En círculos de ceniza
las palabras no pueden ascender.

Después de su partida
acepté la muerte
incapaz de sumergirla
en las profundas aguas del Leteo.

Después de su partida
los pájaros se incendiaron
y de sus cenizas nació la noche
Silencio
donde encontré mi alma perdida.

Eduardo Gómez (Miraflores 1932) hizo estudios de derecho y dramaturgia en la República Democrática Alemana. Ha sido profesor de literatura en la Universidad de los Andes donde dirigió la revista *Texto y contexto*. Algunos de sus libros son *Restauración de la palabra* (1969), *El continente de los muertos* (1975), *Faro de luna y sol* (2002). Es presidente de la Asociación Goethe de Colombia.

Anderson Braga Horta (Carangola, 1934), poeta, cuentista, traductor y ensayista, cursó Derecho en Rio de Janeiro. Algunos de sus libros de poemas son *Fragmentos da Paixão* (2000), *Pulso y Quarteto Arcaico* (2000), *Antologia Pessoal* (2001) y *50 Poemas Escolhidos pelo Autor* (2003). Traducciones del propio autor. Vive en Brasilia.

Xosé Lois García Fernández (Lugo, 1945) es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona, donde vive actualmente y dirige el Archivo Histórico Municipal de Sant Andreu de la Barca. Algunos de sus libros de poemas son *Paixón e rito* (1993), *Círculo de luz e xisto* (1994), *Rosto incompleto* (1996), *Falo de Baco* (1998); *O som das águas lentas* (1999) y *Sambizanga* (1999). Las traducciones del gallego son del propio autor.

Carlos Jiménez (Cali, 1947), ha ejercido la crítica de arte en varios semanarios y diarios españoles. Algunos de sus libros son *Extraños en el paraíso: ojeadas al arte de los ochenta* (1993); el poemario *Travesía del ojo* (1992) y *Los rostros de Medusa, estudios sobre la retórica fotográfica* (2002). Reside en Madrid.

Jorge García Usta (Ciénaga de Oro, 1960), hizo estudios de filosofía y letras en la Universidad Santo Tomás de Aquino y ha publicado numerosos trabajos de investigación literaria y periodística. Sus libros de poemas son *Noticias desde otra orilla* (1985), *El reino errante (poemas de la migración y el mundo árabes)* (1991), *Libro de las crónicas (1989), Monteadentro,* (1992) y *La tribu interior, (1995).*

María da Conceiçao Costa de Deus Lima (São Tomé, 1962) poeta y periodista, es productora de servicios en lengua portuguesa de la BBC de Londres, ciudad donde reside actualmente. Su primer libro de poesía *O Útero da Casa* se publicó en Lisboa. Traducciones de Elkin Obregón.

Edith Goel (Buenos Aires, 1952), emigró muy joven a Israel, donde vive y donde hizo estudios de Lengua y Literatura Española y Latinoamericana en la Universidad de Jerusalén y un postgrado en Ciencias de la Información en la Universidad de Haifa.

Galia Ospina (Bogotá, 1973) hizo estudios de literatura en la Universidad Javeriana y en varias universidades norteamericanas e inglesas. Coordina talleres de literatura, escritura y lectura y ha publicado en varias revistas nacionales.

El óleo de la portada es de **Mark Rothko**.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant´Anna
Carlos Jiménez
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva